

## Editorial

A pesar de las importantes mejoras en infraestructura sanitaria, cobertura de servicios de salud y avances científicos, las enfermedades transmisibles continúan siendo una de las principales causas de morbilidad, discapacidad y mortalidad en diversas regiones del mundo, especialmente en países en desarrollo, y un riesgo prevalente para la salud pública global.

La evidencia científica ha demostrado que la prevalencia, incidencia y reemergencia de patologías infecciosas responden a una conjugación compleja de diversos determinantes relacionados con las dinámicas demográficas, transformaciones de los ecosistemas, cambios climáticos, movilidad de grupos humanos, comercio internacional, avances tecnológicos, adaptaciones microbianas e impactos parciales de las intervenciones sanitarias. Tal es el caso de eventos recientes como el de la influenza aviar (H1N1, H5N1), los coronavirus (SARS-CoV, SARS-CoV-2), el Zika o el Chikunguña; patógenos que han coexistido durante décadas, ya sea en reservorios animales o circulando de manera subclínica en poblaciones humanas y que dada la ruptura de equilibrios ecológicos o sociales — como la expansión urbana, la deforestación o la precariedad sanitaria— han aparecido, adaptado o magnificado su presencia y diseminación con consecuencias que pueden ser graves tanto en términos de salud como de impacto económico y social.

Esta multiplicidad de complejas e intrincadas causas plantea retos cada vez más exigentes para los servicios sanitarios, incluidos los de salud pública. Enfoques amplios, transversales e intersectoriales como el de “Una Sola Salud” (*One Health*) se han posicionado como alternativas para un abordaje integral que promueve una visión ecológica y sistémica de la salud al reconocer que las sociedades humanas interactúan continuamente con los ecosistemas. Sus fundamentos teóricos establecen que este tipo de abordajes permitirían mejorar la capacidad de respuesta frente a amenazas emergentes, además de promover una forma más sostenible, equitativa y resiliente de proteger la salud colectiva.

En concordancia con esta visión los sistemas de vigilancia en salud pública también requerirían de adaptaciones, refuerzos e innovaciones. Tal es el caso de la vigilancia centinela como estrategia focalizada y costo efectiva, que utiliza unidades seleccionadas para recolectar datos de alta calidad sobre eventos priorizados, permitiendo detectar tendencias, evaluar intervenciones y generar alertas tempranas para la toma de decisiones oportunas en contextos epidemiológicos específicos. Para los eventos zoonóticos permitiría detectar brotes precozmente mediante monitoreo en granjas, instituciones de protección animal, centros veterinarios y comunidades rurales, facilitando intervenciones tempranas, control de focos y articulación intersectorial entre salud humana y animal. El artículo central del presente Boletín Epidemiológico Distrital ofrece los resultados del diseño e implementación de una intervención de este tipo en la ciudad.